



### ÉLISE TURCOTTE

Poeta, escritora de relatos y de novelas, **Élise Turcotte** ha recibido numerosas recompensas por su trabajo. En especial, ha ganado el Grand Prix du Livre de Montreal con *Guyana* (Leméac, 2011), además de dos premios literarios del Gobernador General, por su novela *La maison étrangère* (Leméac, 2002)

y por su colección de poemas para jóvenes *Rose: derrière le rideau de la folie* (La courte échelle, 2009). En 2011, el Conseil des arts et des lettres du Québec le rindió homenaje concediéndole una de sus prestigiosas becas

Contact: Tania Massault  
tmassault@editionsalto.com

# L'apparition du chevreuil

(La aparición del ciervo)

Élise Turcotte

Excerpt translated by  
Luisa Lucuix

**Prix Ringuet de l'Académie des lettres du Québec**  
**Finaliste au Prix des libraires du Québec**

### PRESENTACIÓN

En el siglo XXI, entre dos revueltas feministas, una escritora se retira a un chalé en el bosque tras ser víctima de acoso en las redes sociales. Remontando la corriente de la cólera, una historia familiar vuelve a asediarla. En medio de una tormenta que a la vez oscurece e ilumina el paisaje, la mujer tiene miedo del bosque, donde no hay nada en calma. El chalé de al lado, abandonado y roído por el merulio, se yergue como una amenaza. ¿Y si alguien la hubiera seguido?

Al igual que el ciervo de Virginia, que avanza por la nieve dejando un surco, esta obra llena de suspense, lúcida y espléndidamente ornamentada provoca una conmoción necesaria y expone un drama demasiado familiar como para no ser contado en estos tiempos de depredación.

Rights held: World  
Rights Sold : France (Le mot et le reste)

### Press

«Para cortar el aliento.»

Anne Frédérique  
Hébert-Dolbec,  
*Le Devoir*

«Un texto jadeante,  
una escritura que se  
queiebra, asfixiante,  
una borrasca que  
penetra en la piel.»

Yvon Paré, *Littérature  
du Québec*

«*La aparición del  
ciervo* se lee con el  
alma en vilo.»

Josée Boileau,  
*Journal de Montréal*

«... una escritura  
sutil y lúcida [...] La  
intimidación y la  
violencia posconyugal  
contada con brío.»

Michel Nareau,  
*Lettres québécoises*

«[Una novela]  
que brilla por  
su inteligencia y  
el manejo de su  
originalidad.»

Claudia Larochelle,  
*L'Actualité*

p. 7

## Personajes

La narradora  
 Aron, el dueño del chalé  
 Ella, la psicóloga  
 Rock Dumont, miembro del grupo La Cepa  
 La hermana  
 La madre  
 El padre  
 El hermano  
 El cuñado  
 El niño, hijo de la hermana y del cuñado

En alguna parte del bosque

p. 9

Este momento es una bendición. Hoy, es un modesto chalé en el bosque donde por fin estoy sola. Observo la danza de los árboles en vivo.

Logro esta celebración una vez al año, normalmente en verano, nunca en el mismo lugar, una vez sopesados los problemas de dinero y la incapacidad de estar tranquila. Necesito ser extranjera; necesito destruir una idea y necesito silencio.

Esta vez, muy a mi pesar, estoy aquí a finales de otoño. Me obligaron a marcharme. Ahora me empeño en silenciar las voces que ocupan mi cerebro. Internet, la política, las frases de uno, los comentarios del otro, las respuestas autoritarias, los ataques disimulados, las amenazas, el orden, las conferencias, los animales heridos, los mecanismos de terror, los óvulos que me quedan, el cuerpo entero. Cuerdas, maderas, metales: ¡volved a tocar!

A veces hablo con una profesional, dejo que mi interlocutora rasque las costras de lenguaje que se acumulan en mi masa cervical y vuelvo al rumor. Compongo intensos y bonitos manifiestos de quince líneas que deposito con regularidad en mi máscara social. Esta toma poco a poco el lugar del paisaje escrito que reconstituyo desde hace años. Ahora, eso tiene que parar. Por mi supervivencia.

Escribo algunas frases en un cuaderno verde, encajonada a una silla, delante del ventanal desde el que se precipita, parecería, la oscuridad del bosque. Unas lucecitas blancas parpadean a lo lejos, en la montaña: no estoy completamente sola. Los humanos preparan la comida, friegan los platos. Pero, si me ocurriera algo, gritar no me serviría de nada. En mi área no hay nadie y, más allá, la humanidad se me antoja un juego de

Lite-Brite. El dibujo es abstracto.

[...]

Trato de encender el fuego como me enseñaron. Tengo diez días para conseguirlo. Coloco los leños en cruz sobre unas bolas de papel, de manera que formen una tiendecita bajo la que darían ganas de acostarse. Esta primera noche, mi fuego invade la chimenea. Me asusto. Pero enseguida se apaga. No lo entiendo. Luego me doy cuenta de que el periódico arde al instante, de que hacen falta más ramitas. Las noticias se han carbonizado. Mejor así. Pero no tengo fuego.

Miro por la ventana, más lejos, esperando ver pasar un animal.

—Nunca he visto ciervos por aquí —me ha dicho Aron, el propietario.

Por teléfono, su voz me resultó cantarina, amistosa. Además de que se ofrecía a venir a buscarme a la tienda junto a la parada del autobús. Llegados a destino, después de un trayecto demasiado silencioso, su gruesa chaqueta de cuadros rojos y negros me desafió.

—¡Pero si estamos en un bosque de Quebec! —repliqué yo.

—Sí, pero nunca he visto ningún ciervo.

Me ayudó a sacar mis maletas y las bolsas llenas de provisiones. Me dejó las llaves y me dijo que pasaría de nuevo a lo largo de la semana, tal vez.

He cambiado algunos muebles de sitio, he retirado todos los cojines que vampirizaban el sofá (¿qué manía tienen todos con eso?), he rociado las sábanas con un poco de mi perfume. Luego he esparcido mis cuadernos de notas y mis libros alrededor de mi ordenador, una constelación benévola. Ahora solo espero que no haya ratones.



p. 18

[...] Ocurrió después del asesinato de tres feministas turcas. Compartí su foto. Cada mañana tenía algo que denunciar; comentarios idiotas, a veces de odio, me respondían. Sarcasmos, interpelaciones en apariencia inocentes pero pronunciadas justo con demasiada agresividad: *¿No tienes sentido del humor? ¿Ya no se puede uno reír?* Siempre aquella manera pueril de negar al otro, de invalidar su palabra.

Esa vez, sin embargo, las palabras golpearon más fuerte, compactas y negras como un racimo de perdigones. Sé reconocer a un cazador de verdad si es necesario. Su primer comentario se me había pasado. No conocía a esa persona, el amigo de un amigo de

un amigo, en fin, entonces ni siquiera sabía que unos perfectos desconocidos pudieran tener acceso a mis estados. Pero hubo reacciones en cadena y, cuando las leí, más tarde, tuve que remontar al principio para comprenderlo.

Rock Dumont: primero un comentario racista y luego otros, cada vez más misóginos. Siempre es lo mismo con este tipo de gente. Es su ángulo muerto, la pequeña roca dura e intransigente en su sistema de pensamiento. Al final, aquello ya no tenía nada que ver con los rostros lejanos de las feministas asesinadas. Lo bloqueé, eso bastó por un tiempo. Luego absolvieron a un presentador estrella acusado de acoso sexual. Los rumores, los *trolls* se desataron. Más tarde, un entrenador deportivo y un diputado fueron denunciados a su vez. Hice un montaje con las palabras leídas y oídas durante esos acontecimientos y publiqué un texto titulado *Cosechadora de voces*. Comienza por el comentario que más a menudo he recibido:

A ti no te gustan los hombres.

A usted no le gustan los hombres, ¿no? ¿Es una de esas? ¿Es feminista?, ¿es por eso? En la palabra *feminista* está la palabra *femina*, que no es inclusiva, por eso no estoy de acuerdo con esa palabra. Los hombres son iguales, los hombres también son víctimas de violencia, también los humillan. Las mujeres tienen que dejar de hacerse las víctimas. Las mujeres le dan demasiada importancia, es una exageración. Estás exagerando. Hay que superar los traumas de la infancia. ¿De verdad es eso?, ¿estás segura? Deje de rumiar el pasado. Fue un acto aislado, el 6 de diciembre también, fue un acto aislado. En el coche, fue un acto aislado. Tenían la misma edad, era un juego. En todas las familias pasa. Depende de cómo se mire. Se lo tomaron a mal, solo es eso, cualquier otra se habría reído. Deje de vivir en el pasado. En las rodillas del tío, del vecino, es solo un juego, se puede olvidar, las mujeres se hacen las víctimas. Víctima de guerra, vale, de acuerdo; muerta, vale; pero ¿una simple agresión? No meta todo en el mismo saco. Las manos largas. ¡Pero si eso es lo que les gusta a las mujeres! ¿A ti no te gustan los hombres? No todos somos iguales [...]

Hubo muchas reacciones y regresó con otros nombres: Zak Morin, Alex Blain, Luc Brisson alias el patriota. [...] Pero enseguida reconocí su estilo. Se trataba del mismo hombre. Aquella vez cargaba con más fuerza, me atacaba personalmente. Lo denuncié. Hubo otras denuncias contra él y terminó desapareciendo de las redes sociales. Sin embargo, no se detuvo ahí: encontró mi dirección de correo electrónico y sus amenazas empezaron de nuevo. Que me observa desde hace tiempo. Que sabe lo que quiero. Que sabe lo que quieren todas, esas víctimas impertinentes. Sus egos, esa perspectiva fuera de lugar. Que pronto mi cuerpo será

profanado. Y que puedo estar contenta, porque algunas lo que se merecen es que otro Marc Lépine vaya y les pegue un tiro.

Cada día me llegaban mensajes de ese tipo y enseguida sentí la erosión que pueden provocar meses de acoso. Era una reacción exagerada, el resultado de una fatiga de corredora de fondo. Porque sí, aunque me negara a admitirlo, yo ya había probado antes aquella medicina. Dicen que cada nueva forma de intimidación, lejos de borrar las del pasado, multiplica sus consecuencias. Tal vez por esa razón yo trataba de minimizarlo. Sin embargo, la gente de mi entorno no lo veía así. Tienes que tomártelo en serio, insistían: habían amenazado con violarme. Gracias a ellos, el caso llegó a manos de la policía, pero sin prueba legal no se puede hacer gran cosa. Me da igual. Nadie puede protegerme del mundo en el que vivo.

Ahora trato de olvidar las amenazas de aquel que no tiene rostro. Podría ser cualquiera. Todo el mundo, cualquiera.



p. 35

[...] Tercera noche. Después de una batalla con los hechos, sí, los hechos, la aparición de una luz temblorosa, el sonido de una rama que cruje, el tictac de un reloj bien escondido bajo pilas de ropa vieja al fondo de un armario, se manifiestan un hombre y una mujer a lo lejos, de pie en medio del bosque, estatuas aureoladas de misterio. Me despierto sobresaltada y no comprendo por qué: ¿es por el miedo o por la *inquietante familiaridad*? Vuelvo a dormirme enseguida y sueño con un personaje llamado Flamme. El sueño insiste en su nombre, como si cada árbol del bosque la llamara. Un *crescendo* de susurros. Flamme, Flamme. Normalmente sueño con la hermana desaparecida, con el regreso de antiguos amores, con aviones que se estrellan. Pero, en esta ocasión, era hermoso, con la oscuridad verde, los halos, el humo, los personajes silenciosos y erguidos como árboles. Y esta Flamme que corre, se eleva, levita. Soy invencible.

Al día siguiente por la mañana, todo parece normal. Flamme bebe su café delante de la ventana. Una formación de nubes blancas despliega un paisaje secundario pintado, piensa ella, durante la noche. Flamme toma notas en el carné verde bosque y luego en el rojo. Pasa a ordenador lo que considera de provecho. Un relato que avanza y retrocede alrededor de un núcleo inadmisibile, para los demás, no para ella.



—¿No podrías perdonar?

Es la madre, ha vuelto.

Soy rencorosa, de modo que es por eso por lo que me han amenazado.

—Eres vengativa —formula el hermano.

La madre asiente.

—Algo has debido de hacer.

La ley de la especie. Flamme se ha quedado en el bosque. Unas personas a las que no he invitado están sentadas a la mesa. Un puñado de buenos sentimientos nos protegió de la verdad durante un tiempo, pero mi presencia termina siempre abriéndoles el apetito. Tienen que picar. No quieren ahondar, solo rayar la superficie del cristal que me separa de ellos. El objetivo de este juicio disimulado es provocar una inversión de los roles.

—Pero es inconscientemente como se burlan de mí, ¿no?

Ella:

—Bueno, no lo creo. Las palabras tienen su efecto, ya lo sabe.

El cuñado entra en escena, por el lado del jardín. En el cúmulo de recuerdos, una lógica implacable preside la disposición de las secuencias.

El cuñado:

—No vuelvas a acercarte a mi hijo. Si no, haré lo que tenga que hacer.

Me amenaza con el puño. Un gesto perdido en el gran pulmón verde donde me ha abordado.

—Eran solo palabras al viento —dice ahora la hermana—. Lo sabes perfectamente.

El coro:

—Hay una explicación.

—Una provocación.

—Se ha ensañado contigo por tus ideas, por lo que dices, ya sabes.

—Ya sabes cómo eres.

—No es solo que él sea malo.

—Él me quería.

—Eres tú la que...

Es demasiado. El hermano acude en mi defensa:

—Tal vez no fuera nada, pero no deja de ser una amenaza.

Me tranquiliza:

—El Dumont ese, sin embargo, es un verdadero enfermo.

—¿De verdad estamos cambiando de tema?

—¡Escucha por una vez!

Se impacienta: habla con autoridad porque ha estado investigando. Muchos de los miembros de La Cepa son ex militares que alimentan su rabia con diferentes teorías de la conspiración. Militan en Internet. Algunos de ellos han creado una célula geek y son capaces de infiltrarse en el ordenador de cualquiera. Esos son

peligrosos de verdad.

—Tal vez deberías alejarte de las redes sociales —dice.

—¿Cómo? ¿Estás diciendo que soy yo la que los provoca?

—En cierto modo, sí.

Ya estamos otra vez: la culpabilidad invertida. Me está pidiendo que me eclipse, claro. Yo ya he intentado esa maniobra, la practico con regularidad. Pero, a sus ojos, aunque no haga ruido, sigo con mi visión radical. El hermano no se equivoca.

—¿Puedes admitir al menos que si ese tipo se ensaña conmigo es también porque soy mujer? ¡Porque de eso es de lo que estamos hablando!

—Eso no tiene nada que ver —dice él—. De hecho, el grupo de tu acosador defiende la libertad de las mujeres en cierto modo.

—¿Estás loco?

—Bueno, para. Esa no es la cuestión.

—Al contrario, ¡esa es precisamente la cuestión! Esos racistas de discursos identitarios radicales también son antifeministas.

—Pero bueno, ¿de dónde sacas eso?

—¡De su web! ¿No has entendido nada?

Cojo el móvil y busco el extracto de un manifiesto que he anotado.

—Escucha esto: *El mestizaje completo llegará a través del cuerpo de las mujeres si no hacemos nada. Ellas le abren las piernas al invasor, a todas las razas inferiores, como le han abierto las puertas al feminismo radical.*

—Eso viene de la extrema derecha, es completamente distinto.

—¿A quién le importa? Es totalmente eso: las mujeres degeneradas, las hijas del matriarcado, las matronas, las madres que le roban los hijos al padre, que se tragan el dinero de la pensión como hienas hambrientas. ¡Los masculinistas dicen exactamente lo mismo!

—Exageras, cálmate.

—Claro, estoy exagerando.

—Sí, y otra vez estás creando conexiones inútiles.

—¡Pero si eres tú el que acaba de hacer la conexión entre el cuñado y Dumont! ¡Yo no he hecho más que seguirte!

El hermano se levanta, va a por una cerveza, vuelve.

—Tu hermana está triste —zanja la madre.

A mí:

—¿Puedes dejar de obsesionarte con él?

De modo que siempre volvemos a lo mismo: hablar es mi falta más importante. Si no hubiera dicho nada, si no hubiera sido fiel a mi cólera, si me hubiera sacudido la arena de los zapatos, si hubiera aspirado el polvo del presente, agachado la cabeza como una verdadera mujer...

Pero hablé.

Y, mientras tanto, él, el marido de la hermana, el gran filósofo, el hipnotizador, el águila, ha tratado de tomar al niño en sus garras para llevárselo a otro nido.



p. 59

Al alba, llama a la puerta. Sin insistir, tan educado como Aron. Su parka, que percibo primero por la ventana, es de una fealdad absoluta. Sigue nevando. Pero la parka se impone en la luz del día. Ha elegido esa prenda color metal sucio para suscitar la mansedumbre. La de los demás, no la mía.

Abro la puerta tras asegurarme de posar el cuchillo sobre la encimera. Es él, el cuñado. Me empuja para entrar. Su mirada se detiene un momento en la encimera.

—No te haré daño —dice.

Se quita las botas, hace la visita de la casa, todavía con su abrigo de pobre loco puesto.

—Me esperaba algo mejor.

Se sienta en el sofá, cerca de la chimenea.

—¡Vaya fuego!

Todavía quedan pequeñas brasas. Un intento de no terminar la noche helada y paranoica.

Llevaba cierto tiempo sin verlo, el pelo se le ha puesto amarillento, lo tiene largo.

—¡Así que aquí es donde ella escribe sus tonterías! —lanza.

*Ella.* Siempre ha pronunciado ese pronombre de la misma manera. ¿Creerá que no sé a dónde quiere llegar? Se ríe. Su risa de desprecio modifica al instante todo el aire del salón, al igual que se cambia la sangre del cuerpo de un enfermo con maniobras secretas. Pero, con él, ocurre al revés: se nutre de tu salud y luego te mata. Sea como sea, mi sangre aún sigue circulando y puedo sentir su trayectoria: un chorro de agua helada corre por mis vasos sanguíneos.

A partir de ahora, cada uno de mis gestos acusa un retraso de varios segundos. Espero que me soplen una fórmula.

—¿No dices nada?

Aguarda varios segundos.

—¿Tú? ¿Muda? ¡No me lo puedo creer!

Ya empieza otra vez.

—¡La intelectual se ha quedado muda! Algunos pagarían caro para verlo.

Se ríe con más fuerza.

Se quita el abrigo de loco. Se agita, reaviva el fuego.

—¿No me preguntas cómo he dado contigo?

El silencio como acción. Primera arma de defensa: parar la verborrea. Ya me llegará una frase en el momento oportuno. Me gustaría saber cómo me ha encontrado, pero no lo preguntaré. He aprendido a desviar el ataque y hacer que las palabras caigan al vacío. Tal vez lo haya aprendido demasiado tarde, pero es un conocimiento importante. Mejor converso con el

cuchillo.

Afuera, un golpe de viento hace que la nieve se arremoline alrededor del chalé, desaparecemos un instante en el centro del vórtice. Mi cuerpo tiembla. Añade unas ramitas al fuego.

Dice:

—Así que no te esperabas verme aquí, ¿no? ¿Tal vez te esperabas ver al otro cabrón?

El otro cabrón. Por supuesto. Está hablando de Rock Dumont. Yo tenía razón, hermano, todo está conectado.

No me dejo apabullar: lo que él sepa no tiene importancia. Yo ya me imaginaba que se hablaba de nuevo con los miembros de mi familia. Cuando este tipo de personas aparentan que se las puede perdonar, cuando la gente les concede el perdón, es que ya no hay ofensa. Tal vez le hayan contado lo de las amenazas en Facebook. Tal vez le hayan dicho que me había *retirado*, así es como el hermano lo llama. Pero nadie sabe dónde estoy. Piensa.

—¿Y quién me dice a mí que no sois el mismo? —le pregunto.

Finge admiración.

—Muy hábil. Pero no será suficiente.

Se vuelve a poner el abrigo.

—Alimenta el fuego, la tormenta está lejos de haber terminado.



p. 110

Antes del oso, ocurrió lo del perro. Un día, el niño caminaba por la calle junto a su madre, con un sándwich de jamón que no conseguía terminarse. Un perro llegó a toda velocidad, como salido de ninguna parte, de una trampilla en el aire, sí, seguramente había trampillas todo alrededor, burbujas invisibles repletas de amenazas invisibles. En fin, el perro no estaba y de repente estaba ahí, las fauces abiertas para atrapar el sándwich. La mano del niño desapareció durante una milésima de segundo y el perro, inmenso, se marchó con su almuerzo sin causar daño alguno. El niño se quedó paralizado, como el tronco de un árbol que no volverá a moverse, como un niño muerto que no sabe que está muerto. Antes del oso, el perro del miedo. Esa vez no hubo pesadillas, sino rodeos para no cruzarse con el pastor alemán del vecino, complicaciones en las intermediaciones de la cabaña, llantos. El cuñado se pone muy nervioso, porque le gustan los perros; ha previsto tener uno, ha previsto dar órdenes y tener éxito en su vida sin obstáculos. Se adopta un perro: es una buena teoría de educación, obligar al niño a confrontarlo. La hermana piensa que es una mala idea, pero el perro está ahí. Duerme en una jaula. El niño no se le acerca

jamás. Tienes que aceptarlo, dice el cuñado. Es inferior a ti, muéstraselo. Una noche, encierra al niño en la jaula con el perro, mientras la hermana está conmigo en clase de baile. Llegamos, oímos al niño gritar, lo sacamos de la jaula. ¿Cuánto tiempo?, grita la hermana. Más risas otra vez. Pobre niño, pobre niño de mamá, dice él. Al día siguiente, el cuñado se va con el perro y vuelve sin él. ¿Tiene un fusil?, pregunta el niño a la hermana en medio de la noche. Sabe perfectamente que tiene uno.



p. 113

El discurso es paradójico. Por un lado, soy puritana; por el otro, estoy contaminada de ideas libertarias, como el chalé con el merulio. Cuando el cuñado habla de sexualidad delante del niño, me mira. Estamos en la pequeña cocina amarilla. ¿Tú qué haces cuando te bañas, hijo? Yo sé lo que haces, dice. La hermana se levanta para ir a rezumar su bilis en el jardín. No hay que armar un escándalo. Yo me quedo. El niño se tapa los oídos con las manos. No te oigo, dice. Tu tía cree en el amor, continúa el profeta. En efecto, acabo de conocer a mi nuevo amante. Es muy reciente, emocionante. Tu tía y tu madre creen que hay algo más. Se ríe. Pero no, el amor no existe y tienes que saberlo.

El día de San Valentín, la madre ha escrito *te quiero* al niño en una tarjetita que le echa al buzón la víspera y yo le llevo un corazón de chocolate. ¿No has salido a cenar con tu amorcito?, me pregunta el cuñado cuando me abre. Déjala en paz, dice la hermana. Él la coge por la cintura y la besa. Le da una palmada en el trasero. Ella lo rechaza con una risa crispada. Durante la comida, retoma su palabrería. El amor, el sexo: ¿tú crees que a tu madre le gusta eso? El niño no lo escucha. Luego el cuñado se levanta para coger la tarjeta, sujeta con un imán en la nevera. Lee lo que pone y a continuación la hace pedazos. Cuando se quiere a alguien, las palabras no hacen falta, dice. De hecho, el amor no tiene nada que ver con eso. Eso de confiar en los demás se acabó. Tu abuela, tu tía, tu abuelo, tu tío, todos quieren algo de ti. Me mira. Para, grita el niño, para. Se pone a llorar. El niño llora de verdad esta vez. El cuñado lo observa un instante y sale de la cocina. La hermana recoge los pedazos de la tarjeta y la vuelve a formar. No se lo decimos a nadie.

Unos días más tarde, me telefona para preguntarme si puedo ir a «aliviarlo». Ese es el verbo que emplea. Los hombres tienen unas necesidades, me explica, y tu hermana se niega.

Estoy segura de que te aburres sola en casa, dice.

Por primera vez, tengo miedo. Porque no es eso únicamente, una frase vulgar lanzada en el seno de una familia, es un orden social. Las cosas están ordenadas así. Yo estoy ahí, en este mundo, atrayendo la atención sin quererlo. Hace años que fija su narración entorno a nosotros. Recibo la llamada. Es el presagio del fin.